



“Muñeca y desperdicio plástico en la memoria”, obra al lápiz de Carlos Balaguer.

# ...Porque el olvido nos ha vuelto a encontrar

Antes de dolerme la vida  
Antes que yo llegara a ocupar  
un sitio entre la vida...  
Desde antes  
Desde bien atrás vienen esos sentimientos  
esos ruidos en la memoria  
ese aparatoso murmurar  
de cuerpos y perfumes que cobran vida  
en las habitaciones amarillas del olvido...

Desde bien allá  
renacen esos sentimientos  
y se vienen  
como se nos viene todo:  
la vida y la sombra  
la luz y la muerte  
Esa luz penetrante  
que penetra en todo lo que muere  
y lo vuelve eterno como una piedra.  
Esa muerte hiriente  
que penetra en todo lo que vive  
y lo vuelve fugaz como su amargura y soledad.  
Como se nos viene todo al nacer  
y se nos queda al partir  
en las cenizas de una morgue cualquiera  
vulgar, planetaria.

Y hoy que nos volvemos a encontrar  
hoy que el olvido nos ha vuelto a encontrar  
con sus caras extrañas...  
Las substancias químicas de la memoria  
no te rescatan ni te matan  
no te recuerdan y te recuerdo.  
Porque hemos olvidado un recuerdo.  
Un barrio verde allá en lontananza  
donde a las seis de la tarde  
sonaban las campanas  
y se apagaban los vitrales  
y se cerraban las ventanas  
Un barrio verde allá en lo distante  
donde en la madrugada  
la niña celeste del amor  
sonaba su dulzaina  
o su colombina de hielos y metales.  
Y con sus melodiosos cristales  
enamoraba al viento lunar  
que pasaba sobre los techos cobalto  
de las casas  
Sobre aquellas islas  
de gatos, de sueños y frios nocturnos.

Desde bien allá  
Desde la infinita tristeza  
vendríamos tú y yo  
a recordar un olvido  
Y al hablar de tu niñez  
te recuerdo llegando con tus cuadernos de escuela  
llegar bajo el frío de árboles extraños  
y abrir una puerta de rejas

y mirarme y preguntar  
a este vacío de hojas e ilusiones:  
“¿Mañana, dime dónde andaremos,  
qué nombre adquirirá nuestro olvido?”  
Hoy, ya no te miro ni te alcanzo  
ni en el tiempo más ciego.  
Porque nos hemos vuelto a borrar  
y ya no recordamos nada.  
Por eso es que te escribo  
porque desde entonces sé que volveríamos  
a caminar descalzos en la playa nocturna  
y con banderas extrañas  
sin saber hacia dónde nos llevará la vida  
a qué rostros, a qué distancias...

Sé qué no volveremos hacia atrás  
hacia aquellos que fuimos,  
y sé que al mirar hacia adelante  
nos volveremos a olvidar.  
Abriendo nuevamente la puerta de hielos  
bajo árboles oscuros de metal y de piedra  
volverás a preguntar  
a mi rostro blanco entre las hojas  
hacia dónde te llevará la vida  
Y yo no te responderé nuevamente.  
Otra despedida  
como entonces  
en los tiempos del barrio verde  
y de la colombina.  
De las horas a las seis de la tarde  
De las tardes de campanas  
cuando en la soledad de la niñez  
ya traíamos aspecto de piedras,  
de piedras humanas.

Por eso te escribo y te retrato  
porque fuiste la rosa feliz  
que desdibujó la tarde  
La tarde de piedras y campanas.  
Porque ese tiempo nos ha vuelto  
a encontrar  
Desnudos.  
Mortales.  
Sin poderemos amar  
Sin poder conquistar  
la sombra absoluta de la libertad.  
Hielos caminarán tus plantas.  
Y olvidaremos la patria  
que fue un cementerio de amor.  
Una tierra que castigó el pasado.  
Y que en los hospitales  
en las cárceles  
en las gargantas verdes  
de las pocilgas urbanas  
la vida no sembró su flor de amor  
ni de paz.  
A pesar de todo los tiempos nos arrastran  
Y ya somos dos desconocidos.  
Que seguirán viviendo. El uno en el otro.  
Eternamente.

Por  
Carlos  
Balaguer

# El suicidio y la felicidad

Por Ramón J. Sender

En las últimas estadísticas he podido ver que el índice de suicidios es más alto entre las gentes aparentemente felices por su riqueza y su nivel social que entre los pobres. Cosa notable y digna de reflexión. Sobre todo entre los jóvenes en edad idílica y adolescente.

Por ejemplo, hay un barrio en los alrededores de Chicago donde el término medio de ingresos anuales por familia es de sesenta mil dólares y en ese barrio, durante el año 1977, veintiocho adolescentes (niños o niñas) se quitaron la vida. La mayoría se mataron disparándose una escopeta de caza o un rifle sobre el corazón. Otros colgando de un árbol o del montante de una puerta y dos de ellos destrozados por las ruedas de un tren. Ese barrio se llama North Shore.

Uno se pregunta por qué. Esos jóvenes disfrutaban de todas las amenidades y favores que puede ofrecer la vida. Muchos tenían coches de lujo, asistían a las clases más “saludables” —psicología positiva— en las universidades más caras, tenían en su familia sirvientes y padres tutelares y no se advertía en sus vidas privadas ningún motivo de desesperación.

Así y todo, en el año 1977 se suicidaron en Estados Unidos casi dos mil chicos y chicas insatisfechos. Las estadísticas de ese año (el último que ha sido estudiado) no registran los casos “sospechosos”, sino sólo aquellos que no dejan lugar a dudas. Al decir sospechosos nos referimos a los accidentes de automóvil, no registrados como suicidios, aunque se sabe que muchos de ellos se han producido lanzando el vehículo a toda velocidad contra un árbol o contra la columna o pilastra de un puente.

Los siquiátras reciben llamadas telefónicas y visitas de presuntos suicidas constantemente. Casi siempre de jóvenes ricos y en perfecto estado de salud.

Sin embargo nada de esto debería extrañarnos si recordamos que una de las dolencias más frecuentes entre la gente de la llamada alta sociedad, es hoy, como era entre la población de Roma o de Atenas hace dos mil años, el llamado *tedium vitae*, es decir el aburrimiento.

No un aburrimiento ordinario que se puede compensar yendo al teatro o a una discoteca o a nadar a la piscina. Algo mucho más grave. La convicción de haber alcanzado todos los bienes de este mundo y darse cuenta a solas y en lo más hondo de la conciencia, de que ninguno de esos bienes basta para hacer la vida llevadera. Un aburrimiento transcendente.

Entonces la desgana moral se va apoderando de los centros vitales más genuinos y determinantes. Nada vale la pena. Todos los goces de esa vida privilegiada nos acercan al fin mortal. Y cuando más ligera es la realidad o menos penosa y angustiada, más de prisa nos acercamos al fin.

Siquiera los pobres y los desventurados tienen una ambición constante y noble de mejorar. El pobre quiere dejar de serlo, el enfermo quiere curarse, el preterido en su trabajo quiere ascender, el ignorado desea hacerse presente. Todos ellos tienen algo inmediato y apremiante que hacer. He ahí por donde la tendencia compensadora de la providencia hace que el rico todopoderoso a veces tenga que envidiar al pobre.

El *tedium vitae* de los clásicos lo toleran peor los adolescentes que las personas mayores. Los chicos y chicas de North Shore no han leído a los clásicos, pero se aburren, y cuando sus padres los llevan al siquiátra porque su aburrimiento no es cancelable por medios ordinarios, lo primero que el siquiátra les dice es: “¿Me promete usted que no se suicidará mientras dure el tratamiento?” Porque los chicos yanquis suelen cumplir sus promesas. Pero eso no es una garantía de que no vayan a hacerlo después.

Muchos siquiátras no se dan cuenta de que ese tratamiento lo que hace no es suprimir la tentación sino prestigiarla. Después de las sesiones de reconstrucción del ego deteriorado, el suicidio es más atractivo todavía. Porque podrán los doctores salvar a su paciente de la dolencia del momento, pero no del *tedium vitae* que era hace dos mil años, como es ahora, producido misteriosamente por una clase de dioses o de demonios que todavía no tienen nombre.

La diferencia entre ricos y pobres —aparte de las cuentas bancarias que no importan gran cosa— consiste en que los pobres creen todavía en la felicidad. El rico lo tiene todo y llega un momento en que se da cuenta de que ese todo carece de sentido. Triste evidencia. Llegar a darse cuenta de que la felicidad no existe sino como ilusión y aspiración utópica e irrealizable debe ser de veras cruel para muchos ricos. Los sufrimientos morales de un rico no suelen tener curación.

En cambio el pobre o el ciudadano de clase media, atareado constantemente en la busca de la felicidad (esa ilusión que sólo se materializa en gozos transitorios y pasajeros), es inmune al tedio mortal de los clásicos o los modernos. Los dioses que no tienen nombre aún te deparen, lector amigo, un bienestar relativo, rodeado de promesas y de metas accesibles detrás de los cuales sonríe alguna forma de placentera y más o menos accesible plenitud. Es el mejor, si no el único, remedio contra el tedio.

